

HACIA UNA SOCIOLOGIA DEL INTELLECTUAL LATINOAMERICANO

MANUEL MALDONADO-DENIS¹

EL tema del intelectual latinoamericano —como otros temas sobre la palpitante actualidad de nuestro continente— desafía las posibilidades de clasificación y presenta al estudioso del problema la perspectiva de caer en la excesiva simplificación al intentar describirlo. Lo que podríamos llamar “la situación” del intelectual latinoamericano en el momento actual se halla inextricablemente ligado a una vasta gama de condiciones económico-sociales e ideologías que le sirven como trasfondo. Dichas condiciones a menudo varían de país en país y nos confrontan al problema de que nuestras generalizaciones pueden estrellarse contra los datos irreductibles que la realidad social nos ofrece. Para no caer en la camisa de fuerza de la excesiva particularización o en el enorme vacío de la generalización, debemos aproximarnos al tema con cautela. Tal vez ningún otro enfoque sirva mejor para la captación del tema que nos ocupa que el de las “aproximaciones sucesivas” al fenómeno social que pretendemos describir. Así, yendo de lo general a lo particular y de lo particular a lo general, podremos captar con mayor claridad y precisión los elementos constitutivos de la situación del intelectual latinoamericano en el momento actual.

Pero antes de entrar de lleno en el tema que nos preocupa permítaseme hacer algunas observaciones preliminares. Primero que nada, debemos dar una idea clara de lo que el término “intelectual” significa para el autor de este trabajo. Como se comprenderá, el término es suficientemente abarcador como para incluir desde los Sofistas en el mundo antiguo hasta los científicos en el mundo contemporáneo. Pero como ha indicado el profesor Lewis Coser, sólo a partir del siglo

* Ponencia presentada ante el IX CONGRESO LATINOAMERICANO DE SOCIOLOGIA (21 al 25 de Noviembre, 1969) México, D. F., México.

¹ Profesor de Ciencias Políticas de la Universidad de Puerto Rico y Director de esta Revista.

XVII, los intelectuales surgen a la vida social como un grupo consciente de su propia existencia.² En ese sentido usaremos *intelectual*: como un grupo social que se percibe a sí mismo y que a su vez es percibido como componiendo un conglomerado denominado los "intelectuales". El resquebrajamiento del orden feudal y el desarrollo de las universidades, nos dice T. B. Boltomore, hicieron posible la formación de una clase intelectual que no constituía una clase sacerdotal, cuyos miembros procedían de diversos medios sociales, y que, en cierta medida, se destacó sobre las clases y doctrinas imperantes en la sociedad feudal".³ Por consiguiente, el surgimiento de un grupo dedicado a la creación, transmisión y difusión de ideas, es decir, al trabajo mental a distinción del trabajo manual, es un fenómeno social vinculado de manera directa al surgimiento y desarrollo del capitalismo y de la burguesía. Con la transformación de la economía acaecida bajo el modo capitalista de producción, se crean las condiciones necesarias para la existencia de un "público" consumidor de productos culturales. La cultura y la creación cultural misma pasarán a convertirse en "mercancías". Los intelectuales y sus creaciones quedarán —quieranlo o no— bajo la implacable ley del mercado.

Por lo general, el vocablo intelectual en su moderna acepción ha estado asociado con el tipo de actividad característica de lo que, siguiendo a C. P. Snow, podríamos llamar "el humanista". En ese sentido, intelectual es el escritor, el artista, el que se dedica a las artes y las ciencias que podríamos denominar "humanas". Pero la propia transformación de los medios de producción que el capitalismo trae consigo hace forzoso que se cree un nuevo tipo de intelectual en función de la ciencia aplicada al creciente dominio del hombre sobre la naturaleza y sobre la sociedad. Me refiero a "el intelectual científico" tan cabalmente descrito por Snow en su libro *Las dos culturas y la revolución científica*, y que tan importante papel juega hoy en día dentro de la sociedad norteamericana. Este "estamento científico", como lo ha designado un estudioso del tema,⁴ constituye hoy por hoy un factor decisivo en la vida colectiva de los Estados Unidos. De hecho, la proliferación de este "estamento" así como el peso de su influencia ha hecho a algunos preguntarse sobre la vigencia del intelectual humanista en un mundo en creciente proceso de tecnificación.⁵

² Lewis Coser - *Men of Ideas* (New York: The Free Press, 1965) pp. X-XI. Para una visión de conjunto del fenómeno del intelectual moderno, véase el interesante libro editado por George B. de Huszar, *The Intellectuals, a controversial portrait* (The Free Press, 1960).

³ T. B. Boltomore - *Minorías selectas y sociedad* (Madrid: Editorial Gredos, 1964) p. 90.

⁴ Véase Don K. Price - *The Scientific Estate* (Harvard University Press, 1965).

⁵ H. Stuart Hughes - "¿Está anticuado el intelectual?" *La Torre* (vol. XXVII. Julio-Septiembre, 1959) pp. 19-32.

Lo dicho hasta aquí debe bastar para dejar claramente sentado el hecho de que entenderemos por "intelectual" una persona perteneciente a un grupo que se reconoce a sí mismo y que es reconocido por los demás como dedicado a la labor de creación, transmisión y difusión de ideas y conceptos. Dichas ideas y conceptos pueden abarcar tanto las disciplinas científicas como las humanísticas, tanto las ciencias naturales como las ciencias humanas. En el sentido en que aquí usamos el vocablo, intelectual es un trabajador de la cultura, un hombre que realiza el trabajo mental específicamente relacionado con la creación, transmisión y difusión de los objetos culturales.

Toda actividad intelectual está inserta dentro de un determinado contexto histórico-social. Partimos así de lo que es ya prácticamente un axioma de la sociología del conocimiento y que queda cabalmente resumido en la frase de Marx: "No es la conciencia de los hombres lo que determina su existencia, sino la existencia de los hombres lo que determina su conciencia".⁶ Si tomamos como base dicha aseveración, podremos arribar a una mejor comprensión del tema que nos preocupa, puesto que estaremos a salvo de una interpretación meramente "espiritualista" del quehacer cultural latinoamericano.

La situación del intelectual latinoamericano quedará, por consiguiente, delimitada por las estructuras económicas y sociales que configuran su quehacer específico. Aseveración que puede sonar perogrullesca pero que nos pone en guardia contra la tendencia —producto de nuestra propia situación de dependencia cultural— a aplicar a la realidad latinoamericana esquemas de análisis importados de otras latitudes. Lo dicho es tan aplicable al intento de ver al intelectual latinoamericano a través del prisma de una sociedad capitalista superdesarrollada (para usar el término de Marcuse) como cuando se trata de ubicarlo sin más en el contexto de los países de Asia y Africa. Tampoco puede eludirse el tema de la existencia, como parte de la colectividad latinoamericana, de dos países cuyos sistemas económicos y políticos ofrecen el más marcado contraste: Cuba, primer país socialista de América, y Puerto Rico, colonia en el clásico sentido del término de los Estados Unidos. Pues precisamente entre las coordenadas ofrecidas por estas dos sociedades se desenvuelve la vida cultural latinoamericana actual.

Si hago hincapié en este punto, se debe a que, por motivos diametralmente opuestos, las sociedades de Cuba y Puerto Rico se hallan marginadas del resto de los países latinoamericanos. La guerra fría

⁶ Como introducción al tema de la sociología del conocimiento, sigue siendo indispensable la gran obra de Karl Mannheim, *Ideología y utopía*, así como algunos otros de sus estudios sobre el mismo tema.

y la guerra caliente han sido factores de peso en la determinación del bloqueo económico y cultural que padecen tanto Cuba como Puerto Rico. Esto es ya, de suyo, un factor sociológico de considerable peso en lo que a la actividad de los intelectuales respecta. Basta nada más que mencionar al Proyecto Camelot y otros "proyectos" análogos, para darnos cuenta de cómo acontecimiento tal es como la Revolución Cubana han afectado el estudio sociológico en la América Latina.

En adición a lo dicho está el hecho de que tanto Cuba como Puerto Rico representan dos modelos antitéticos de desarrollo económico y político y dos visiones conflictivas respecto al problema del cambio social en una sociedad de cultura nacional. El problema mismo de la dependencia de la América Latina se halla inserto entre estos dos polos. Y quizás no haya otro problema tan grave para la existencia misma del intelectual latinoamericano actual que este problema.

Si algo demuestra el desarrollo mismo de la sociología en los Estados Unidos —país donde caló más hondo el enfoque conductivista de la realidad social— es el hecho de que los propios sucesos históricos en la nación norteamericana han forzado el reexamen de áreas de la vida colectiva que hasta el momento se hallaban en el limbo de las investigaciones sociológicas. El problema de la *relevancia* de la investigación sociológica, el cuestionamiento de los supuestos de los cuales parte la sociología norteamericana, han dado al traste con la noción de una "value free social science". Si lo dicho es cierto en un país industrializado como los Estados Unidos, no puede serlo menos en el caso de los países cuyo subdesarrollo endémico les ha sumido históricamente en el círculo vicioso de la dependencia económica, política y cultural frente a las diferentes metrópolis que han ejercido a lo largo de varios siglos la "dominación de América Latina."

La situación del intelectual latinoamericano en el momento actual debe, por consiguiente, ubicarse en un contexto eminentemente político, ya que, si tomamos el término en su más amplia y generosa acepción la vida misma de los hombres de ideas de nuestra América mostrará la huella indeleble de las decisiones que afectan día a día sus probabilidades de existencia y aun su existencia misma. Sobre todo debemos estar conscientes del hecho de que la sociología como tal es una disciplina profundamente "politizada" aun cuando se halla sometida a un supuesto proceso de "despolitización". La preocupación manifestada por sociólogos como Pablo González Casanova, Orlando Fals Borda y Octavio Ianni con problemas como la explotación, la sub-

⁷ Tomo dicho término del interesante volumen del mismo nombre. Véase a Helio Jaguaribe y otros, *La dominación de América Latina*. (Lima: Francisco Moveloa Editores, 1968).

versión y el fenómeno populista, son el indicio de que la sociología latinoamericana está aproximándose a la altura del nivel histórico que le corresponde en el momento actual. En ese sentido, el esbozo de una sociología del intelectual latinoamericano no puede prescindir de un enfoque que calibre debidamente la forma como los problemas más candentes y urgentes de la sociedad latinoamericana: la explotación, la dependencia, el colonialismo (interno y externo), la violencia y la represión, el analfabetismo, etc., son factores determinantes en la situación del intelectual latinoamericano. Al menos así lo concibe el autor de esta ponencia.

Cuando Max Weber intenta ofrecernos la definición de lo que es una clase social, hace hincapié en tres cuestiones fundamentales: ingreso, probabilidades de existencia y estilo de vida. En ese sentido el intelectual latinoamericano forma parte de un grupo que a su vez forma parte de ese sector de la población latinoamericana que podríamos denominar, siguiendo al profesor Petras, como el de los "empleados de cuello blanco no propietarios".⁸ En una sociedad clasista la actividad intelectual tiene un carácter elitista. Como cuestión de hecho, sólo aquellos que logran acceso a una educación universitaria pueden, en la inmensa mayoría de los casos, dedicarse a los quehaceres culturales. Porque, como nos advierte Darcy Ribeiro, "el hecho de que la mayoría de las naciones de América Latina no ha alcanzado ni siquiera a generalizar la enseñanza primaria, en el momento en que ya sufre el desafío de aumentar sus matrículas universitarias. Incluso en el Cono Sur, la enseñanza de nivel medio se hace por tamización clasista y, en consecuencia, la clientela que llega a la universidad es sumamente reducida y en modo alguno representativa de la población nacional."⁹ Dejando a un lado como excepciones que sólo confirman la regla a aquellos escritores que se han beneficiado del "boom" de la literatura latinoamericana como para vivir de lo que escriben, la vasta mayoría de los hombres de ideas en el continente encuentran su sustento en instituciones tales como universidades, liceos, periódicos, casas editoriales, etc. Su estilo de vida es el de la clase media, aunque con un nivel superior de refinamiento cultural. Se trata desde luego de una élite o minoría selecta ya que —con excepción de Cuba, que ha emprendido un ambicioso programa destinado a incorporar al sistema educativo a grupos previamente marginados de éste— ésta crea y produce para el consumo de un público relativamente reducido de la población total del continente.

⁸ James Petras, "Clases sociales y política en la América Latina", *Cuadernos del Ruedo Ibérico*, números 22-24, p. 6.

⁹ Darcy Ribeiro - *La Universidad Latinoamericana* (Montevideo: Universidad de la República, 1968) p. 149.

En aquellos países donde el nivel de analfabetismo es alarmante —como es el caso de algunos de los países del Caribe— la actividad intelectual tiene un ámbito de influencia considerablemente circunscrito. El “público” del intelectual latinoamericano —salvo en algunos países del Cono Sur— está delimitado a la clase media profesional y a algunos sectores de la clase obrera. Su influencia es, por consiguiente, relativa a este hecho de profundas implicaciones políticas. Es cierto que en países como Chile y Uruguay “el creciente número de trabajadores de ‘cuello blanco’ en Latinoamérica y su vulnerabilidad a la inflación, a la imposición fiscal regresiva y a las congelaciones de sueldos han originado una nueva base social para políticos radicales”, para citar nuevamente al Profesor Petras;¹⁰ pero, aun así, el poder de los intelectuales en comparación con otros grupos sociales tales como los militares, los burócratas, los industriales, etc., es muy limitado.

Ello nos lleva forzosamente a otra consideración: la de la alienación de los intelectuales latinoamericanos. Comentando sobre “la sensación del aislamiento del intelectual latinoamericano, de lo que muchos llaman un sentido de desarraigo”, el Profesor Torcuato di Tella cree que ello es consecuencia de “la inexistencia, o estado embrionario, de la ‘intelligentzia’ como grupo social”, tesis con la cual no concordamos, ya que nosotros consideramos que sí existe una “intelligentzia” latinoamericana en el sentido en que la describe el propio profesor Di Tella.¹¹ La alienación de los intelectuales latinoamericanos es, a mi juicio, el resultado de una conjunción de factores: la existencia de regímenes militares o de gobiernos que responden a los intereses de los grupos defensores del *statu quo*, la existencia de estructuras económicas y sociales que son impermeables al cambio social, salvo cuando éste toma el cauce revolucionario, y la relativa falta de acceso de los intelectuales a los sectores de la población latinoamericana que podrían producir un cambio estructural dentro de dicho ámbito.

Los golpes militares de Brasil y Argentina sirvieron para dramatizar ante la intelectualidad latinoamericana el proceso de militarización progresiva que se aproximaba en la América Latina. La mentalidad militar siempre ha sido refractaria a la “subversión” practicada

¹⁰ *Op. cit.*, p. 21.

¹¹ La cita es del libro ya citado *La dominación de América Latina*, p. 84. La definición del profesor Di Tella es la siguiente: “Una característica importante de una ‘intelligentzia’, definida como un grupo o estrato social integrado por gente que se ocupa con dedicación plena a labores de investigación, enseñanza especializada, creación artística o científica, o a la especulación sobre temas filosóficos, políticos o sociales. Interpreto aquí la palabra en su acepción específica, sin incluir a los que hacen “trabajo intelectual” (profesionales, administradores, técnicos, etc.)”

por los intelectuales. En ese sentido, la creación de regímenes militares y la intervención de las universidades han marchado de la mano. Lo mismo puede decirse en el caso de regímenes civiles que han llevado a cabo una política represiva contra las universidades autónomas del continente. Prácticas tales como la censura, la quema de libros, la destitución e, incluso, el encarcelamiento de intelectuales (como en el caso de Darcy Ribeiro) ha tenido consecuencias en lo que atañe a la visión del cambio social sustentada por éstos. Pretender negar la validez sociológica de este hecho sería equivalente a adoptar la postura del avestruz.

Creo que, en términos generales, se nota una tendencia entre un sector considerable de la intelectualidad latinoamericana a concebir el cambio social en términos radicales. Ello es resultado directo de la alienación frente a estructuras sociales arcaicas e inicuas así como del sentimiento de impotencia frente a la relativa estabilidad de dichas estructuras. Cuando Marx hablaba de la alienación del hombre bajo el capitalismo, recalca el carácter deshumanizante de un sistema que separaba al hombre de su propia capacidad con su creador. Como "clientes" del capitalismo internacional los pueblos latinoamericanos magnifican aún más este problema. Pues, si bien el intelectual en un país como los Estados Unidos padece también el fenómeno de la alienación, no lo padece en el mismo sentido que su homónimo en el Sur. Ya que en el caso de éste el sentimiento de impotencia se acrecienta a través de su percepción, no sólo de su incapacidad para alterar las estructuras sociales y económicas de su propia sociedad de acuerdo a criterios más racionales, sino también por la claridad con que le es dable captar que, colectivamente, su país no puede poner fin a la situación de dependencia a que lo condena el capitalismo, si se sostiene la actual relación de dependencia.

De otra parte, la propia situación de aislamiento y de incomunicación del intelectual con las grandes masas de la población latinoamericana no es patrimonio exclusivo suyo. Esa es la situación en el caso de otros países y regiones además de la América Latina. Por su propia naturaleza, la actividad intelectual es eminentemente urbana. Es en las grandes ciudades —aquellas que el profesor Sbilis ha denominado "las metrópolis intelectuales"— donde la actividad cultural se concentra. En la medida en que el proceso de urbanización continúa en su ritmo creciente, es de esperarse que "el público" de los intelectuales aumente. Aun tomando en consideración el hecho de que en 1960 había 95 millones de ciudades (46%) y 111 millones en el campo (54%), no podemos olvidar que gran parte de la migración hacia las ciudades está compuesta de sectores desplazados de la clase

campesina.¹² Es un hecho innegable que es en aquellos países con un alto nivel de urbanización —como Uruguay, por ejemplo— donde puede encontrarse un público más amplio para la actividad intelectual. No obstante, dicha situación no es realmente representativa de la situación del continente. La consecuencia práctica de todo ello es que el intelectual latinoamericano —salvo raras excepciones— se halla también alienado de los sectores populares. Su carácter fundamental marginal alcanza así su verdadera dimensión.

Recientemente los sociólogos y economistas latinoamericanos se han trazado la labor de describir el fenómeno social denominado la "dependencia" de América Latina.¹³ Como todo planteamiento de esta naturaleza, la cuestión tiene a su vez un carácter ideológico. Lo cual desde luego no lo descalifica desde el punto de vista científico, ya que cualquier teoría social tiene de suyo un conjunto de proyecciones de índole ideológica. Las relaciones de dependencia, nos aclara Aníbal Quijano, "aparecen sólo cuando las sociedades implicadas forman parte de una misma unidad estructural de interdependencia, dentro de la cual un sector es dominante sobre los demás, lo que constituye uno de los rasgos definitivos del sistema de producción y de mercado del capitalismo actual. Es decir, la dependencia no enfrenta el conjunto de intereses sociales básicos de la sociedad dominada con los de la sociedad dominante. Por el contrario, presupone una correspondencia básica de intereses entre los grupos dominantes de ambos niveles de la relación, sin que eso excluya fricciones eventuales por la tasa de participación en los beneficios del sistema. En otros términos, los intereses dominantes dentro de las sociedades dependientes corresponden a los intereses del sistema total de relaciones de dependencia y del sistema de producción y de mercado, en su conjunto."¹⁴ Sometida desde su más temprana formación al influjo económico, político y cultural, primero de España, luego de Inglaterra y ahora de los Estados Unidos, la sociedad latinoamericana ha tendido hacia las mimesis, hacia la imitación de las respectivas metrópolis. He aquí otra faceta más de la enajenación latinoamericana. La historia misma de la sociología en Latinoamérica demuestra la validez de este aserto. En ese sentido tiene razón un autor contemporáneo cuando nos habla del

¹² Véase Richard M. Morse - "Investigación reciente sobre urbanización latinoamericana: examen selectivo y comentarios". *Latin American Research Review* (otoño de 1965).

¹³ Véase, en ese sentido, el interesante artículo de Tomás Amadeo Vasconi "Cultura, ideología, dependencia y alienación", *Revista Mexicana de Sociología* (vol. XXX, núm. 4) pp. 819-838.

¹⁴ Aníbal Quijano D. - "Dependencia, cambio social y urbanización en Latinoamérica", *Revista Mexicana de Sociología* (vol. XXX, núm. 3) pp. 527-28.

carácter "receptivo" de la cultura latinoamericana¹⁵ tanto como tiene Jacques Lambert al decirnos: "A causa del hecho mismo del elevado nivel de su cultura, en medio de masas incultas, la élite intelectual latinoamericana ha constituido durante largo tiempo una aristocracia cosmopolita y alienada, más apta para interesarse en los problemas de Europa que para resolver los de su propio país."¹⁶

Si bien es cierto que se nota un cambio en esta tendencia, no puede negarse el papel preponderante que juega en el ámbito cultural latinoamericano la penetración cultural norteamericana, a su vez la manifestación "espiritual" de la dependencia económica de nuestra América. Esta penetración cultural toma múltiples formas: desde los medios masivos de comunicación hasta la investigación sociológica, desde el control de la natalidad como panacea para el subdesarrollo hasta el uso de "asesores" militares en actividades contrarrevolucionarias.

Darcy Ribeiro nos advierte que en el umbral de la revolución tecnológica termonuclear, América Latina se enfrenta a "la amenaza de sufrir un nuevo proceso de modernización refleja, haciéndose, una vez más, consumidora de una producción tecnocientífica ajena; de verse compelida a experimentar una nueva dominación frente a los demás pueblos, que la condene a cumplir papeles subalternos en el proceso productivo mundial, a existir —en definitiva— no como pueblo para sí, sino como proletariado externo de otras naciones."¹⁷ Este rezago tecnológico o "modernización refleja" ha marchado de la mano a su vez con el "drenaje de cerebros", proceso mediante el cual los países industrializados absorben una cantidad considerable de los mejores cerebros de Latinoamérica. Ello ha servido además para remachar la desproporción existente entre la educación humanística y la educación científica o tecnológica en nuestros países, donde aún prevalece el criterio de una educación "liberal" como peldaño para la consecución de *status* social.

Como "zona periférica" del capitalismo internacional, la América Latina es, por lo tanto, el objeto de este proceso de desarrollo reflejo, no autónomo.¹⁸ En gran medida, las ideologías que han servido como guía para la acción social en el Continente han sido aquellas que surgieron en un determinado momento histórico en el desarrollo del capitalismo europeo. Así el liberalismo, el positivismo, el marxismo

¹⁵ José Luis Romero - *Latinoamérica: situaciones e ideologías* (Buenos Aires: Ediciones del Candil, 1967).

¹⁶ Jacques Lambert - *América Latina: estructuras sociales e instituciones políticas* (Barcelona: Editorial Ariel, 1964) p. 180.

¹⁷ *Op. cit.*, p. 35.

¹⁸ Véase Osvaldo Sunkel - *El marco histórico del proceso de desarrollo y de subdesarrollo* (Santiago de Chile, Cuadernos del Instituto Latinoamericano de Planificación Económica y Social, 1967).

son creaciones culturales que se gestan en países que en ese momento se hallan en una fase de desarrollo mucho más avanzada que la de los países latinoamericanos. No obstante, estas ideologías son adoptadas por los sectores intelectuales del continente no empece el hecho de que las condiciones latinoamericanas eran esencialmente diferentes a las europeas. Ello tal vez sirva para explicar el porqué el populismo ha logrado un arraigo mucho mayor entre las masas latinoamericanas que el propio marxismo.

Quizá, nada ilustra mejor el punto recién sentado que la recepción del positivismo en la América Latina. Como ha señalado Marcuse en su libro *Razón y revolución*, el positivismo surge en el ámbito europeo como una ideología antidialéctica y de profundas implicaciones conservadoras. En América Latina el positivismo florece bajo condiciones muy distintas a las imperantes en Europa. De una parte pretende representar al espíritu científico frente al oscurantismo eclesiástico; de otra parte sirve como fuerza apologética por la teoría del "gendarme necesario". Se trata de la importación de una ideología de una sociedad industrializada, que se inserta en el contexto de sociedades eminentemente agrarias. Y otro tanto podría decirse del liberalismo y del marxismo.

Ha sido sólo a partir del momento en que comienza el proceso de la crisis del capitalismo contemporáneo y, particularmente, la crisis del sistema imperial prohiado por éste, que la propia situación histórico-social ha promovido —o más bien forzado— el reexamen de la aplicabilidad dogmática de ciertas teorías sociales a la realidad latinoamericana. Lo dicho es aplicable particularmente en el caso de una generación intelectual que nace alrededor de los años treinta y que hoy se halla inconforme con las respuestas que sus mentores intelectuales ofrecieron a los problemas sociales de Latinoamérica. Ello se debe en gran medida a la toma de conciencia por un grupo considerable de entre los intelectuales latinoamericanos de que "en las naciones inmersas en el subdesarrollo y amenazadas de perpetuarse en él, debido a las presiones de grupos de intereses externos e internos mancomunados para mantener intocado un orden social que los coloca en una situación de privilegio, cumple a todo intelectual y particularmente a los universitarios, una toma de posición 'militante'".¹⁹

O, lo que es lo mismo, que la toma de conciencia respecto a la dependencia de la América Latina ha sido un factor determinante en el proceso creciente de radicalización que puede notarse en la nueva generación de intelectuales latinoamericanos. El hecho sociológico cobra en el proceso una categoría moral.

¹⁹ Darcy Ribeiro, *op. cit.*, p. 154.

La literatura, el arte, la sociología misma reflejan este proceso que implica la superación de la etapa en que el intelectual se halla "por encima de la contienda." Hablando como portavoz de esa generación, nos dice el sociólogo venezolano Alfredo Chacón que: "en la fase actual del conflicto entre los países subdesarrollados y los países subdesarrollantes, los intelectuales latinoamericanos más conscientes de su situación y de su responsabilidad, encuentran nuevas formas de plantear la ansiosa y reiterada pregunta por la originalidad, identidad o autenticidad de nuestra cultura: En sus preocupaciones y proposiciones, la palabra cultura va quedando despojada de sus antiguas magias. No la entienden ni la quieren practicar con espíritu de concesionarios coloniales de la grandeza de Occidente. Tampoco como templo de la veneración elitista e incondicional. Lo intentan como una actividad de autoafirmación personal y colectiva, cuyo sentido y unidad quedan reconocidos en la necesidad de identificación con las mejores posibilidades de la vida y la libertad, y cuyo ámbito de triunfo o de fracaso, de resonancia o de silenciamiento, a fin de cuentas y bajo los ropajes culturalistas que se pueden imaginar, es el combate universal entre las víctimas y los victimarios de este mundo."²⁰

Esta toma de conciencia frente a los problemas más urgentes del continente latinoamericano es una muestra de que nos aproximamos al momento en que el continente no sea un espectador más de la historia mundial sino actor en la confección de ésta. La superación de la etapa de nuestra dependencia será también el comienzo de la verdadera independencia del quehacer cultural latinoamericano. Sólo cuando este proceso sea llevado a sus consecuencias últimas, podremos decir que ha comenzado el verdadero renacer y el logro de la autenticidad de la intelectualidad latinoamericana.

San Juan de Puerto Rico.
Octubre de 1969.

²⁰ Alfredo Chacón - "Identidad revolucionaria y autenticidad cultural", *Cuadernos de Ruedo Ibérico* (números 22-24), p. 259.